

The portion of
"Libro Segundo de la Crónica Miscelánea"
by Friar Antonio Tello, written in 1650,
that relates to the Tiguex War
pages 411-441

CAPITULO CXXIII
EXPEDICIÓN Á TIGUEX

En que se trata cómo el General Francisco Vázquez Coronado y u campo, partieron para Tiguex.

Tuvo el invierno y aguas el general en aquel pueblo, y habiendo descansado el campo, regalado los caballos y despachadas las cosas dichas atrás, preciéndole que habría ya el tiempo, determinó el general llegarse á la provincia de Tiguex, porque tenía nombre y fama de ser lo mejor que for allí se había, Y DESOSO de proveer, y mirarlo y calarlo todo, y llevando consigo los soldados con quien se había adelantado de Culiacán, se partió de Tzíbola en demanda de la dicha provincia de Tiguex, que habría de camino de una provincia á otra hasta sesenta leguas, y casi en el medio de este camino llegaron á un pueblo que está en un alto rodeado de peñas empinadas á manera de cerca, unas tras otras, todo fortalecido de derrumbaderos.

Leyendo, pues, la relación que está escrita, del descubrimiento del Nuevo México, parece que hace mención, por las señas, de este pueblo á quien los nuestros pusieron Atlaco, y no la hace de los nombres ni menos de esta provincia llamada Tiguex, que es muy principal en todo lo de por allá, y se llama así por un muy buen río que por ella corre, y en los altos de su ribera, de la una banda y otra, están fundados hasta doce ó quince pueblos, y el mayor de hasta docientas casas, todas de alto, como las de Tzíbola, excepto que las otras son de pizarras, llanas, unas sobre otras, y barro; y estas de una tierra jizosa y fuerte como una argamasa; las puertas, como dicho es, todas están adentro y no están juntas al suelo, sino que suben á ellas por unas escalerillas de madera, y la primera pieza por donde bajan y entran de la escalera, por la parte de adentro, es una sala terraplenada como lo está toda la casa, y en una parte tienen aposento donde las indias muelen maíz con más curiosidad que en ninguna de estas provincias se ha visto, porque tienen una como trojezuela y allí fijadas tres piedras de moler, y la una muele frangollado y muy quebrado el maíz y luego pasa á la otra y va

casi molido, y en la otra lo deja muy remolido, como ha de quedar, y si es necesario lo vuelven á repasar y hacen una harina ó pinol muy bueno; no hacen tortillas ni tienen comales de barro, sino unas piedras lizas que no saltan aunque las echen en el fuego, y en aquellas, teniendo heca la harina, como al que llaman atole, echan de aquel atole ó harína sobre la piedra que está encima de la lumbre, y se cuece muy bien y es pan sabroso.

En otra sala tienen sus camas y ropa, y en otra tienen sus trojes, y se conserva dos ó más años el maiz. Su sustento es el dicho maiz, frijoles y calabazas grandes, las cuales hacen á manera de orejones y los secan al sol para que duren todo el año.

Tienen muchas gallinas de la tierra á quien los españoles llaman gallipavos, en cantidad. No vieron fruta alguna, sino un género de tunillas coloradas y muy ruines, y por ellas deben de tener grandes guerras los indios unos con otros, porque en todas las más de las casas tienen sus troneras y unas puertas chicas por donde se pueden pasar de una casa á otra á ayudar y favorecer á los que en ella están; todas son de terrado y en lo alto tienen unas como torrezuelas para su defensa, desde las cuales un día hicieron harto daño á nuestro ejército. El rio es muy agraciado, de mucha y muy buena agua; cría y dase en él un género de pescado llamado bagre, que apenas puede haber pescado que le iguale, según su bondad, y de tan buena gana bebían el caldo de él, como si fuera de carne.

Corre el río por tierra llana y se puede sacar en muchas partes y regar más de treinta ó cuarenta leguas, en que se podría coger gran cantidad de trigo, si se sembrase, porque la tierra es muy buena, aunque un poco arenisca, pero muy aparejada para toda fruta y hortaliza; hay muy buenas moreras y muy buenas zaramoras; los indios son de buenas estaturas, las indias bien dispuestas; traen unas mantas blancas como sacos que las cubren desde los hombros hasta los piés, y tienen por donde sacar los brazos; y tienen otras mantas que las cubren y echan el un cabo por debajo del brazo y sobre el hombro, como capa; estiman en mucho los cabellos, y así los traen muy peinados, y toman una jícara de agua en la cual se miran como en espejo, y partiendo su crencha, hacen una rueda mayor con la mitad de los cabellos y dentro de ella otra más chica, y luego otra pequeña, de la cual quedan colgando algunas á manera de plumaje, atado todo con cintas de colores de algodón, y del otro lado hacen otro tanto, y luego toman unas tablillas de hasta tres dedos, en las cuales están pegadas unas pedrezuelas de chalchihuites, turquesas de las que dicen hay una mina de ellas en aquellas partes; y con un palito que sale de la tablilla se la ponen tras de la oreja, como ramillete; son limpias y se precian de no parecer mal; todas las turquecillas son pequeñas, deben de tener otras mayores.

En los casmientos hay costumbre, que cuando un mozo da en servir á alguna moza, va con ella á acarrear agua, y guardándola y acompañándola carga el cántaro, y si son para en uno, los casan los deudos, y no tiene ningún indio más de una mujer. Vieron los españoles estando en esta tierra que, habiendo muerto un indio, armaron una gran balsa de leña y que pusieron el cuerpo muerto encima de ella, cubierto con sola una mantilla, y que luego vinieron todos los del pueblo, hombres y mujeres; y cada uno trajo de la comida que ellos usan, como pinole, calabazas, frijoles, atole, maíz tostado y todo lo pusieron sobre la balsa de leña.

Estando todo muy bien concertado, pegaron fuego á la balsa por todas partes, con que cuerpo y comida quedaba hecha ceniza, y al tiempo de le pegar fuego, alzaron todos una gran voz. No se vieron en todos estos caminos y partes templos ni ídolos algunos; entiéndese que adoraban al sol y á luna, porque una noche que eclipsó la luna, alzaron todos mucha gritería.

En los valles de Corazones y Sonora y por aquellos caminos, se hallaron mozos en traje de mujeres, alcoholados los ojos, y un español asió uno de éstos, diciendo lo había de quemar, y riñó á las mujeres porque no lo azotaban; pero ellas no hicieron nada, antes rogaron por él. En Tzíbola ni en Tigüex no se vió ni halló cosa alguna de las que se han dicho; pero habiendo llegado el general á Tigüex, que se llamaba Cooser, los indios le desembarazaron porque hubiese aposentos para él y toda su gente.

CAPITULO CXXIV LLEGADA Á COOSER

En que se trata de cómo estando el general aposentado en el pueblo de Cooser, dijo á los indios la causa de su venida á aquellas partes, y de cómo se procure informar de todo lo que en ellas había.

Estando, pues, el general, aposentado en el dicho lugar, vinieron de todos aquellos pueblos y de otros de las comarcas á ver y saber qué gente era aquella, á qué habían venido y qué quería, y habiéndolos recibido bien el general y acariciado á todos, les dijo cómo él y aquella gente eran vasallos de un gran rey de España, el cual los enviaba á ver y conocer todas aquellas tierras y á que rogasen y encargasen á todos los vecinos de ellas, dejasen los ritos y falsas adoraciones de ídolos y otras cosas malas que adoraban, y que adorasen á un solo Dios y Señor, que es el que creó los cielos y tierra y todo lo visible é invisible y creyesen en ÉL, y que ÉL solo

enviaba el sol y claridad y creó la luna y todo lo producido, sustentándolo todo con infinito poder, y que si entendían que las cosas que ellos tenían y poseían se las daba otro que Dios, era falso, sino que los demonios malos se lo hacían entender y los querían apartar del conocimiento de este gran Dios y Señor, el cual, á los suyos que son buenos y que cumplen con sus justos mandatos, los premia con la bienaventuranza de la gloria, lo cual ningún otro puede hacer sino ÉL, y que los ídolos que ellos adoraban no eran sino demonios, los cuales los engañaban para llevarlos consigo al infierno, que es su lugar, donde hay las mayores penas y tormentos que se pueden imaginar; y que por esta causa, el gran rey de España, por ser como es muy bueno, mirando su bien, les envió á advertirles de lo dicho, y también á que le reciban por señor, como lo han hecho los de México y otras muchos, y se quiten las guerras y vivan en paz, y se comuniquen los unos con los otros y se les traiga á ellos lo que hubiere bueno en España y lo que hubiere bueno entre ellos se conmute, y todos vivan en paz y tengan una fé y un bautismo, según y en la manera que se les enseñaria, y que al que no quisiese venir en esto, lo apremiaría á ello, castigando á los que fuesen rebeldes y no lo quisiesen hacer, y anidando á los buenos y que estuviesen de paz, y que ellos habían venido á sus tierras á la fama de que era buena gente, y que los tendría por buenos amigos para que les ayudase contra otras cualesquier personas que les quisiesen hacer daño, y que les rogaba lo recibiesen por amigo y dijese la verdad de todo y le diese razón de lo que había de lo que había adelante, y que por falta de lengua que les entendiese, dejaba de decirles otras cosas, aguardando á darles razón más cumplida de todo cuando la hubiese.

Los indios respondieron que ellos eran pobres y no tenían cosa ninguna que rescatar, sino un poco de maíz que cogían, y que adelante no había más gente ni otros pueblos, sino los que estaban en la redonda, y que todo lo demás eran unos llanos en los cuales había muchos animales como los que ellos traían, aunque de otra suerte, y que más adelante no había cosa alguna, sino que todo estaba despoblado y sin agua.

Despidiólos el general con buena gracia para que volviesen á tratar lo que más conviniese, y habiéndose ido los indios y llegado todo el campo, aposentados y bastecidos lo mejor que pudo, conociendo el general la mala gracia y cautela con que los indios habían respondido, envió luego á descubrir todo lo que se pudiese á tres capitanes por tres partes, cada uno con treinta soldados, los cuales fueron y volvieron mal contentos, diciendo habían visto otros pueblos como los de aquel río; pero todo les parecía poca cosa y que no había rastro de oro ni otro ningún aprovechamiento, más que buenas tierras y asientos, y el tercer capitán, que se decía Hernando de Alvarado, pariente del adelantado D. Pedro de Alvarado, el que murió en Guadalajara, volvió con más gusto, diciendo que había ido hacia la parte

donde andan las vacas, y que las vió y mató algunas, y que en el camino vió un pueblo grande, de más de cuatro ó cinco mil vecinos, y por su buen asiento le nombró Valladolid, y que mismo encontró un indio en los mismos llanos, el cual dijo que era de una provincia que estaba de allí treinta soles de camino, que son treinta días, la cual se llamaba Copala, y al indio le pusieron por nombre *El Turco*, por ser muy moreno, apersonado y de buena disposición, el cual les dijo tantas cosas de su tierra, que la grandeza de ella les causó admiración, y en especial, que había tanta cantidad de oro, que no sólo podían cargar caballos, sino carros, y que en la dicha provincia había una laguna en la cual navegaban canoas, y que las del cacique tenían argollas de oro, y ellas estaban embutidas de ello; mostráronle peltre y plata, y decía que no era como aquello, y mostándole anillos de oro, y decía que como aquellos sí, señalando tanta cantidad, que ponía admiración y como se sabía lo del Perú, creyeron que habría mucho de ello, ya que no tanto.

Decía más, que había entre ellos muchas guerras y mucha copia de gentes, y que su casa era de las más principales de aquellas provincias, y que cuando iba á la guerra le llevaban en unas andas; que cuando los indios se alborotaban diciendo que ya venían los enemigos, él daba á entender que no se le daba nada, y les mandaba caminar, y que cuando estaban ya muy cerca, les decía que parasen, y llamaba unos perros que tenía de ayuda, muy bravos, y quitándoles los bozales, arremetía y vencía por su causa, y por ser él y su gente más que todos los demás, volviendo vencedor á su tierra, en la cual tenía unas casas grandes á do todos venían á servirle, y que en una parte de aquellas casas tenía un apartamento donde estaban las mujeres, y la puerta la tenían tapada con manta de algodón, y por si algunas se querían asomar á ver lo que había, estaban allí porteros que las guardaban, reñian y daban con un palo.

Otras cosas semejantes á éstas decía, que obligaba á darle algún crédito, hasta que una vez se lavó y se puso lo mejor de su ropa, alguna de la cual le habían dado los españoles, y pidió una vacía de agua, en la cual se estuvo mirando y hablando, y se imaginó, era con algún demonio, con que de allí adelante se tuvo por sospechoso lo que decía, pero no de suerte que se desistiese de ir á ver si había alguna cosa de las muchas que decía, y que antes de llegar á aquella provincia, diez soles más atrás, se había de pasar por una muy gran provincia de mucha gente, que se llamaba Ayco, en la cual, aunque no había oro, había mucha comida.

Túvose mucha cuenta con el indio y le trataron bien y con regalo, y reparóse en que en todo lo que contaba nunca discrepaba en cosa, y no esperaban más, SINO que pasase el tiempo del invierno para ir á verlo, porque les parecía no era posible que todas las cosas que decía fuesen invención y

quimera suya, sino que él lo hubiese oído decir algunas cosas de las grandezas de México, ó á lo menos, componer sobre lo que decían del Nuevo México, que ni del ni de otra cosa en aquel tiempo nunca se tuvo otra noticia que la que dió este indio, porque si la tuvieran no pudieran dejar de poblar con tanta gente y aparato como llevaron para ello; pero no fué Dios servido, y Él sabe por qué.

Los otros capitanes trajeron cuatro indios, al uno de los cuales llamaron de la Vaquilla, por una que tenía señalada en la frente, el cual era de hacia Florida; y á otro pusieron por nombre Hizopete, por ser pequeño y mal agestado. Todas estas diligencias hicieron para venir en conocimiento de lo que llaman Nuevo México ó de otra tierra, pero ningunas bastan cuando Dios no se sirve de ello.

CAPITULO CXXV REBELIÓN DE TIGUEX

En que se trata de cómo la provincial de Tiguex se rebeló y de la Guerra que con ella se tuvo.

Habiendo ya abierto el tiempo y estando aprestándose el general y su campo para partir y ir en busca de las noticias que el indio había dado, por culpa de los de la provincia de Tiguex se les siguió una gran guerra en que perecieron muchos de ellos y se asolaron los pueblos, y la causa fué que como muchos caballos y bestias de carga anduviesen paciando junta al río, los indios de un pueblo pequeño, el más cercano á donde estaban los españoles aposentados, recogieron hasta cuarenta mulas y caballos, y los metieron en el pueblo y los mataron todos y se fortalecieron para defender su mal hecho, ó ya porque los animales les hicieron algún daño, que no se supo que tal hiciesen, ó que su malicia de los indios ó mala inclinación les incitase á ello.

Sabido el daño por los españoles, se acriminó y tuvo por desvergüenza, y les fueron á reprender diciendo cuán mal habían guardado la amistad y paz que habían asentado; pero que dándoles algunos bastimentos y recado para la partida, se les perdonaría, de que los indios no hicieron caso, antes se animaban con la fortaleza de sus casas, y mostrándose más bravos que considerados, comenzaron á tirar muchas flechas y á dar gritos, y habiéndoles requerido una y muchas veces y no queriendo ir ni querer venir en cosa que se les decía, el maese de campo D. García López y el capitán Diego López, con los soldados de sus compañías y otras, les comenzaron á hacer guerra poniendo fuego al pueblo y arcabuceando, con que los indios,

viéndose maltratar tanto, dijeron se querían rendir y dar de paz, y así se dieron.

Y habiéndolos recibido, los ataron á todos y los metieron en una tienda más de ciento y treinta gandules y á todos los mataron y quemaron diciéndoles que eran caballos, por no haber intérprete con que se entendiesen, con que destruyeron y asolaron del todo aquel pueblo.

Esto se tuvo en España por mal hecho, por haberse dado de paz y haberles muerto tan cruelmente, porque habiendo ido el García López á heredar un mayorazgo de un hermano suyo, que había muerto, estuvo preso en una fortaleza por el caso.

Habiendo pasado lo dicho, por no dejar aquella provincia de guerra para los que fuesen y viniesen, el mismo D. García López de Cárdenas, con gente de á caballo, fué á procurar estuviesen de paz los otros pueblos, y llegando á uno, que era el mayor de aquella ribera, le halló muy fortalecido y puesta mucha gente para su defensa.

Quiso llamar D. Lope al principal de él, que se decía Juan Román, y era conocido porque había ido muchas veces á hablar con el general, como el más principal que era de los de aquella provincia, y parándose en las azoteas, que no eran muy altas, le dijo al general y á todos, que le pesaba mucho de lo sucedido, de lo cual ellos tenían la culpa, pues habiéndose ofrecido por amigos, lo habían hecho tan mal en matarles sus caballos, lo cual no había sido parecer sólo de los del pueblo que los mataron, sino por mandado y consentimiento de toda la provincia, y que no obstante eso, habiéndolos llamado y prometídoles perdón de lo hecho para que se asegurasen, y pedídoles les diesen alguna comida para hacer su viaje, no habían querido venir en cosa alguna, sino que luego les comenzaron á guerrear tirándoles muchas flechas, por lo cual fué forzoso hacer lo que se hizo, y que pues ya era hecho, se fuese lo uno por lo otro.

El indio respondió que después de haberles muerto tanta gente, querían amistad, que ellos no la querían. Volvióseles á rogar fuesen sus amigos, que no querían otra cosa de ellos y que se ayudarían contra los que les quisiesen hacer guerra, y que advirtiesen y mirasen lo que habían hecho, y que ellos habían sido causa y ocasión para ello, y que no se fiasen tanto por parecerles estaban fortalecidos en aquellas sus casas, que para eso había industria y traían con que las derribar, y que de las guerra siempre se seguían daños, muertes, hambres y sed; que le aconsejaba bien á él, como al más principal y de más razón y entendimiento, y que le querían tener por más amigo y hacer por él todo lo que se ofreciese, y le rogaba bajase para le hablar y no tuviese miedo de cosa alguna, y el Juan Lomán dijo bajaría él

solo, y que se apartasen los que con él venían y dejase el caballo y espada, porque tenía mucho miedo.

El Don García hizo apartar á los compañeros detrás de un recuesto que al subir al pueblo hacía, y dejó el caballo y dió la espada á vista del Juan Lamán, que luego salió y iba deteniéndose para que el D. García llegase más cerca.

Y habiéndose llegado á hablar el Juan Lomán, se abrazó con él, acudiendo otros cinco ó seis indios que había dejado apercebidos y lo llevaron en peso á meter en el pueblo, y si no fuera por la palizada con que tenían fortalecida la entrada, le metieran, porque estribando en ella, hubo lugar para que á las voces acudiesen los de á caballo, y con su venida lo dejaron; y si como los indios salieron sin armas con ánimo de lo meter dentro, sacaran alguna macana ó porra, sin duda lo mataran, y si lo metieran en el pueblo, nunca más saliera vivo.

Comenzó luego á llover de las azoteas tanta piedra y flecha, que convino apartarse de presto, y salieron algunas caballos heridos, y el pobre caballero, que era muy buen hombre y de mucho valor, no se hartaba de resuello.

Llegados al real, se determino convenía ir á castigarlos, porque no se quedasen ensoberbecidos.

CAPITULO CXXVI PÓNESE CERCO Á UN PUEBLO

En que se trat cómo se puso cerco sobre uno de los pueblos de aquella provincial, y lo que sucedió.

Habiendo determinado que se combatiese el pueblo, salió todo el real y campo del puesto donde estaba alojado, y habiendo caminado una jornada poco menos de cuatro leguas, se llegó al pueblo, y asentado ya el real, les cercaron por tres ó cuatro partes, enviándoles á decir y apercibir, viniesen de paz, que se les guardaría y haría amistad, perdonándoles la malicia y atrevimiento que tuvieron; pero ellos, no haciendo caso de lo que se les decía, mostraron quererse defender, con que los más de los soldados se apercebieron para los combatir y entrarles en un día, por irse luego á la noticia que había dado el indio Turco; pero no se hizo con la facilidad que se pensó y se pudiera hacer si hubiera la advertencia y brío que convenía, porque los indios se habían apercebido de agua, que era de lo que más

necesidad tenían, y el pueblo se tenía por el más fuerte de aquella ribera y estaban en alto, apartado un trecho del río, del cual bebían, y de una fuente que estaba donde se sentó el real de los nuestros, y el Juan Lomán había enviado á pedir ayuda de los otros pueblos vecinos, de unos indios que llaman querechos, muy grandes flecheros, que son los que andan entre las vacas.

Otra día de mañana, habiendo oído misa los nuestros y encomendándose á Dios, se armaron todos, y el general, capitanes y personas de á caballo, fueron al pueblo para acometerles si saliesen y si algunos huyesen alcanzarlos, y habiendo llegado al pueblo, vieron los indios muy determinados y puestos en orden para la defensa, á los cuales llamaron y requirieron ofreciéndos la paz, y no hicieron lo que se les decía ni respondieron á cosa, por lo cual se acometió al pueblo por la parte de la entrada, que se halló más reforzada y embarazada de palos hincados y clavados, y á donde acudía más gente por las azoteas con muchas piedras y flechas y otras cosas arrojadas, y se cojieron unos cañizos hechos de mimbres ó tlacotes, como á manera de mantas, arrimados á las paredes para agujerearlas por debajo sin tener más de tres y cuatro medias barrillas sin aderezar y de ningún provecho, porque dando el golpe en la pared, que, como dicho es, era de argamaza, resurtían sin hacer ningún efecto, ni aunque estuvieran cavando un mes.

Rompieron con ellos un palmo de pared, y viendo cargaba gran cantidad de flechas sobre ellas y el ruin aparejo y efecto, y que de nuestra parte no hubo quien disparase algunos arcabuces, aunque iban bien pocos en el campo, para que se opusiesen á los que descubrían cuando arrojaban la piedra, porque tiran las flechas por las troneras y hacían daño, y viendo un buen soldado lo poco que se hacía y que de una tronera de aquellas era de donde más daño recibían, dijo á otro que estaba junto á él: "Vamos y con lodo la taparemos, para que no hagan por allí daño," y el otro, que fué tan poco avisado como él, sin reparar fueron al efecto y, tirándoles muchas flechas, dieron á aquel famoso soldado, que se llamaba Francisco Tobares, un flechazo por el ojo, que cayó allí luego muerto, y al otro dieron otros flechazos en la celada, que era de cuero de vaca crudío, y aunque algunas la pasaron, no le hirieron; y á otro soldado que se llamaba Juan de Paniagua, muy buen cristiano, y persona noble, tiraron otro flechazo de la misma parte, que le dió en el párpado del ojo sin le hacer otro daño, porque lo defendió un capirote que llevaba de hierro, y el barboté, y viendo que se había librado de la flecha, daba gracias á Dios y á Nuestra Señora, diciendo que la devoción del rosario que él siempre rezaba y traía consigo, le libró de aquel peligro; y andándose así sin hacer cosa de ningún efecto, otro soldado que se decía Francisco de Obando, á quien el general por hombre de bien tuvo siempre y fiaba las cosas de importancia que se ofrecían, el cual,

viendo lo poco que se hacía, se metió inconsideradamente por una portañuela que estaba en una casa, entrándose árrastrando y á gatas, porque no pudo de otra manera, por una parte que por arriba lo tenían descubierta, y apenas hubo asomado la cabeza, cuando llovieron sobre él cantidad de piedras y con una de moler se la hicieron pedazos, sin poderse él valer de su valor ni poder ser socorrido, y arrastrándole, le metieron más adentro, donde, si no era muerto del todo, le acabaron y desnudo le echaron en el patio del pueblo, á donde fué hallado después que se entró y con un dedo cortado junto á él, que parece se lo debieron de cortar por sacarle un anillo de oro que traía, y con haber pasado más de cincuenta ó sesenta días después de muerto hasta que se enterró, no olía mal su cuerpo; pero esto también sucedió con muchos indios que mataron, que estuvieron tendidos por el campo sin mal olor, y la causa fué que en aquellos días nevó, y la gran frialdad los conservó.

La muerte de este hidalgo dió á toda la gente mucha pena, y en aquel tiempo parece se había acertado á hacer una escalera por la cual subieron muchos españoles ganando las azoteas, y los indios se acogieron á las casas, y como tenían de industria descubiertas algunas para que no se pudiese andar por todas las azoteas, y de trecho á trecho unas torrecillas con muchas saeteras ó troneras, y como por las casas que estaban descubiertas, los nuestros no pudieron pasar más adelante de adonde subieron, estábanse quedos, y por una torrecilla de aquellas, que estaba en aquellas partes, comenzaron los indios á flechar por las troneras y á hacer gran daño, porque hirieron más de sesenta españoles, de los cuales murieron tres de las heridas; el uno fué un hijodalgo que so decía Carabajal, hermano de un Hernando de Trejo, que fué teniente do gobernador Francisco de Ibarra en Chiametla, á quien también mataron los indios; y el otro un vizcaino llamado Alonso de Castañeda; y el otro un fulano Benítez, y todo por culpa suya, porque en ninguno de los que subieron hubo valor ni ardid de guerra, sino que se estuvieron recibiendo heridas, pues no fuera menester más que rodear la torrecilla de donde recibían el daño y dar con el pié á una puerta que tenían cerrada con adobes uno sobre otro, sin barro, y echarlos de allí, con que no hicieran tan gran daño como hicieron, sino que se estuvieron sin hacer cosa alguna, ni tirar á las partes de donde recibían el daño; pudiéndoles les pegar fuego, no tuvieron valor para hacerlo.

Viendo, pues, el mucho daño que había recibido, mandó el general recoger el campo con determinación de cogerlos por sed, pareciéndole que por mucha agua que tuviesen recogida no les podría durar ocho días, y que por hambre era imposible, porque se sabía tenían abasto para mucho tiempo.

Apartáronse para curar los heridos, y sin los que murieron, estuvieron otros para ello, no tanto porque las heridas fuesen penetrantes, como porque se

dijo que, ya que aquellos indios no tenían hierbas venenosas, buscaban industria para tener veneno, porque hay por allí muchas víboras, y cogían algunas y les encerraban en unas como vasijas de mimbre y allí las tenían envueltas en algodón y hacían que mordiesen en las flechas, con que quedaban emponzoñadas; con que fueron muy dificultosas de sanar las heridas en algunos.

CAPITULO CXXVII ROMPEN EL CERCO Y HUYEN LOS INDIOS

En que se trata de cómo, por causa de haber nevado aquellos días, se deshizo el cerco y se huyeron los indios.

Recogidos los nuestros á sus reales (que los tenían divididos en tres partes, por tener cercado el pueblo), pareciéndos que, al fin, por sed los cogerían sin aventurarse á más heridas, y estando así algunas días, ya los indios comenzaron á perecer por tener gran falta de agua, que no podían sufrir más la necesidad, y como era tiempo de invierno, quiso Dios que comenzase á caer poco á poco una nievecita muy menuda, todos aquellos campos se cubrieron de un gran golpe de nieve, y el pueblo, terrados y patios; y viéndolo los indios, acudieron con gran diligencia á cogerla, con que remediaron la necesidad que tenían, lo cual visto por el general y demás soldados, pensaron sería bueno tornarlos á combatir y muy acertado hacer un trabuco, ó con un madero grande entre dos hincados, hacer uno y más ingenios que llaman vaivenes, para derribar aquella dureza de paredes, y al fin determinaron que, pues con aquel tiempo no se podía caminar, se esperasen á ver en lo que paraba, y no cuidaron de más que de velarse y tener centinelas sobre el pueblo para si saliesen.

Detuviéronse dos meses más que se detuviéron los nuestros con el socorro del pueblo que tuvo de la nieve, y en este tiempo padecieron grandísima sed, según lo que se vió y conoció, y intentaron hacer en el patio del pueblo un gran pozo para ver si podían llegar al agua; mas era tierra seca y casajosa y así se derrumbaba, con que se vino á abrir una boca grande de más de la mitad del patio, y aunque ahondaron mucho, no pudieron dar en agua, con que se determinaron á huir, y habiendo hecho casas, pareciéndoles á ellos eran ardidés, se ponían en partes donde los vieses los nuestros á hacer que comían y que bebían y que derramaban el agua que les sobraba, que eran orines, y aun de esos debían de carecer, por cuya causa se determinaron á salir, habiendo atalayado bien desde sus azoteas si parecían las guardas y velas que había, y habiéndolo tanteado muy bien,

haciéndose un escuadrón y cogiendo en medio todas las mujeres y muchachos y ropa, que no dejaron cosa en el pueblo, á la media noche, ayudados de su obscuridad, con el esfuerzo y buen gobierno de aquel Juan Lomán, que siempre se entendió era el que los aconsejaba, salieron caminando por una parte donde habían visto había menos guarda y estaba más cercano el río, pareciéndoles que como eran buenos nadadores, se ampararían en él y desmentirían el rastro; por la parte donde salieron velaban los soldados poco apercebidos, y no se sabe qué se hicieron, más de que el uno fué hallado muerto, tendido en tierra, atravesado el corazón con una flecha, como si con la mano se la hubiesen estado clavando, al cual mataron con otros flechazos, y aunque acudieron los del real al arma que se dió, que, como dicho es, tenían lo más del pueblo cercado, cuando se acudió, habían ya los indios pasado el río, y en buscar el vado se detuvieron parte del tiempo, con que los huidos se alejaron tanto que, aunque los siguieron, no los pudieron alcanzar, y ellos se salieron con su valeroso hecho.

Sólo parecieron algunos que no pudieron tener con los demás, y cuando volvieron, habiendo traído al soldado que habían muerto los indios y dejado tendido junto donde estaba la lumbre común para todos, apeándose un soldado fué pisando la cara y boca de aquel miserable con los piés, y se reparó en ello por haber sido este hombre gran renegador y blasfemo, y luego le enterraron en el pueblo, en el cual no se halló despojo alguno que fuese de provecho.

Y estando un soldado de á pié, sentado en la pared, en una parte del pueblo, teniendo un arcabuz, otros que andaban escudriñando los rincones, dieron en un escondrijo donde se habían escondido cinco ó seis indios, que dieron á huir por la parte donde estaba aquel soldado, el cual, entendiendo era otra cosa, se apartó, dejando el arcabuz arrimado, y asió á un indio de los que venían huyendo y se volvió contra los que le seguían, y entendiendo el arcabuz disparaba de suyo, lo puso por delante y él y todos los demás murieron en pago del daño que habían hecho; y también se hallaron algunas indias que repartieron, y como no las aprisionaron, todas se huyeron.

CAPITULO CXXVIII - CXXXI se omiten

CAPITULO CXXXII
VUELTA DE EJÉRCITO Á TIGUEX

En se trata cómo el general, como solía, se determine con los de su acompañamiento, ir á ver lo que el Turco decía, que ya se tenía por falso, y el ejército se tornó á Tiguex.

Presumiendo ya en este tiempo, que el Turco mentía y llevaba gran malicia, y que iban perdidos por haber desmentido el camino, se acordó que el general se adelantase con los que solía, para ver y entender lo que hubiese, y que el campo se volviese á Tiguex, tierra abastecida, y se proveyese de comida para inverner allí y esperar al general, el cual sería presto de vuelta con certidumbre de lo que hubiese; y así se hizo, y habiendo partido el general, D. Tristán de Arellano se volvió con el campo, sin camino ninguno, por el mismo rumbo por do habían ido; y volviendo á pasar junto á aquel gran pueblo de Cocuique, tampoco le quisieron salir los indios á hablar, antes guardaron su ropa, y yendo caminando, llegaron al otro pueblo llamado Ximena, y también se estuvieron encerrados y encastillados, y otro día al pueblo de los Silos, que también se halló despoblado como la primera vez, y en los Silos mucha cantidad de maíz, con el cual la gente y los caballos tuvieron algún refugio, y se recrearon descansando allí dos días, y luego partieron para el valle de Tiguex, donde, habiendo llegado, hallaron todos los pueblos despoblados, y se aposentaron en el mismo pueblo de Coofort, donde habían estado antes, y luego todos se dieron á recoger maíz y venados de los otros pueblos, trayéndolos por el río abajo en balsas.

Al cabo de dos meses, pocos más ó menos, el general y todos los que con él fueron, volvieron á Tiguex, y contaron haber andado bien cien leguas, sin camino ninguno en todo ello, después que se apartaron del campo, al cabo de los cuales fueron á parar á las espaldas de lo que llaman la Florida, y dijeron era mentira y engaño todo lo del Turco, y que desde la ranchería de los gandules que andaban en los llanos, desmintió el camino y los llevó hasta salir á la parte de donde era el indio que tenía señalada la vaquilla en la frente, y fueron á parar á un pueblo que se decía Quibira, habiendo caminado siempre por llanos, dejando atrás el rastro de las vacas, que todo lo atravesaban.

Llegados al pueblo de Quibira, que tenía mucha fama de oro, y se decía que el cacique tenía una plancha de él, que para adornarse se la ponía en sus fiestas, la cual era como de hechura de patena, y era de cobre; y vista la burla, y que el pueblo tendría hasta cien casas nomás, descansaron allí algunos días para que los caballos se reformasen y reparasen; y habiéndose proveído de comida, dieron la vuelta para Tiguex, llevando consigo al indio Turco, al cual trataban mal y iba emperrado, con que á pocas jornadas le dieron garrote.

Túvose por mal hecho y cosa no acertada, porque lo que el indio decía,

debía de ser así, por lo que después acá se ha dicho de Nuevo México, y ya que en lo del oro mintiese, en otras cosas dijo verdad, como de ello consta; pero Dios fué servido que entonces ni se supiese ni entendiese, y que de una cosa tan grande no se tuviese noticia, por la razón que de Nuevo México se dá, y lo que en aquel tiempo tanto engradecían de Tzíbola, y no se toma en la boca, y sólo se hace mención de aquel pueblo que está en lo alto, llamado Atlaco, con aquel género de cerca, ni de un tan grande río como el de Tiguex, ni de sus pueblos, ni de aquel pueblo grande de Cocuique, ni del de Urba, por irse al Nuevo México por diferentes rumbos.

Hallóse en los llanos de las vacas un arroyuelo muy gracioso y verde, y unas matas de arbolillos del gorder de un dedo y de un estado de alto, cargado de ciruelas de España, moradas como las zaragocías, de muy bien gusto y en ninguna cosa discrepantes á las dichas; y más adelante, se decía había muchas uvas, que aunque eran montecinas, tenían muy buen sabor; y habiendo llegado de vuelta á Tiguex, fueron recibidos de todos con gran contento y alegría, y invernaron allí.

CAPITULO CXXXIII ALZAMIENTO DEL VALLE DE CORAZONES

En que se trata cómo Don Pedro de Tobar volvió á Tiguex á dar razón y cuenta de lo sucedido en el alzamiento del valley de Corazones contra la nueva villa de San Jerónimo.

En la ocasión que el general Francisco Vázquez Coronado llegó de su jornada, volvió Don Pedro de Tobar de su viaje, que, como dicho queda, había ido á saber lo sucedido en la villa de San Jerónimo, y á remediar y poner en cobro lo que hubiese, y contó lo que pasó y sucedió, que fué en esta manera: que habiendo muerto el capitán Melchor Diaz á la vuelta del descubrimiento del río del Tizón, y dejado en su lugar á Juan de Alcaraz, vecino de Culiacán, que tenía á su cargo los que volvieron y los que antes estaban, y como la fama de la tierra no era muy buena, algunos soldados de aquellos, se huyeron para México, y los indios de aquella comarca, se comenzaron á desabrir y exasperar de algunos servicios, y ayudas que hacían á los españoles que había en aquella villa, y aunque se barruntó, y tuvo noticia que se querían alzar y que se andaban aparejando para ello, y que habían hecho una estatua en nombre del capitán, y puesta en un terreno, todos tiraban á ella muchas flechas diciendo: “¡Capitán !capitán,!” y que después de muy pasada, la daban gran grito, volviendo á repetir: “¡capitán! capitán,!” y la llevaron arrastrando has un puesto á donde se sentaron á beber de un vino que habían hecho de tunas, por haber muchas

en aquellas partes, y aunque, como digo, se tuvo noticia y aviso, hubo descuido en el capitán, con que no acudió á cosa de prevención, con que una noche vino toda la tierra sobre ellos, y primeramente dieron y acudieron en la casa del capitán y le mataron y hirieron á otros, y todos murieron rabiando, por estar las flechas envenenadas con hierba, y los que murieron en este conflict, fué el capitán Juan de Alcaraz y un hidalgo Fulano de Temiño, hermano de Baltasar de Bañuelos, minero que fué en Zacatecas, al cual hirieron poca cosa en una pierna, por lo cual no hizo caso de ello, y al tercero día, yéndose con otros camino de Culiacán, murió; y otro buen soldado que se decía Luis Hernández, entrándole la flecha por la abertura que hacían las armas debajo del bazo, y luego cayó muerto; y otro, Domingo Fernández, criado que había sido del maese de campo Lope de Samaniego, al cual hirieron un poco en la mano, en la horcajadura, por causa del veneno; y de esta manera murieron otros, y los que quedaron, como personas sin cabeza, ni quien los rigiese y gobernase, temiéndose de otro tal suceso, cogiendo cada uno su pobreza, unos cogieron el camino de Culiacán para irse á México y otros el de Tzíbola en busca del general para darle razón de lo sucedido, con los cuales, encontró Don Pedro de Tobar, que los volvió consigo hasta el pueblo despoblado, con ánimo de hacer el mayor castigo que pudiese; pero hallólo todo tan yermo y los indios huidos, que no hizo más que despachar las cartas y recaudos que llevaba á México, y volverse á Tiguex, donde halló la vuelta, y el general determinó ir á ver las vacas, y fué á ver los pueblos que estaban más hacia la mano derecha de donde el campo había ido, los cuales le recibieron y dieron comidas, y no estando lejos los llanos, fué á ellos y mató algún ganado.

CAPITULO CXXXIV ACCIDENTE DE VASQUEZ CORONADO

En que se trata de cómo, estando invernando el campo en Tiguex, corriendo el general en un caballo, cayó de él y se lastimó, de que se siguió tartar de dejar la jornada y dar la vuelta para México.

Estando, como dicho es, invernando el campo en la provincia de Tiguex, cada uno procuraba engordar su caballo para cualquiera suceso, y así todos los caballos estaban muy gordos, por tener abasto el bastimento de maiz, y un día festive salió el general con algunos capitanes á pasearse por el campo en un muy buen caballo, que entre otros tenía, ensillado á la gineta, y como el caballo estaba holgado, gordo y brioso, iba desasosegado y viéndolo el general desabrido, que era muy buen jinete, metióle pierna, y la silla que llevaba era nueva, y aquel día se había estrenado con una

cincha nueva, la cual debía de estar podrida, porque se quebró por tres ó cuatro partes, con que la silla se trastornó y el general cayó dando un gran golpe con la boca en el suelo, de que quedó sin sentido y con un gran chinchón en ella, que después le abrieron, de que se siguió el decir que de aquel golpe se la trastornó algún tanto el juicio, porque teniéndole él antes muy asentado y siendo hombre de muy gran reposo, consideración y consejo en todo y de mucho valor, desde allí adelante tuvo unas temas y puntillos con los otros capitanes y ellos con él, que les admiró, porque nunca conocieron en él, sino una afabilidad y llaneza muy generosa, con que todos, con muestras de desabridos, trataron de que se diese la vuelta para México y se desistiese de la jornada, alegando para ello las muchas diligencias que se habían hecho en demanda y busca de tierra donde asentar y la incomodidad en todo lo que se había visto y sabido se hallaba, y que lo mejor de todo era aquello do al presente estaban, y eso era de pueblos desparramados y encastillados, que ateniéndose a sus cercas, cada uno de por sí se había de conquistar y costar mucho la pacificación, y no embargante que la tierra parecía buena y que produciría cualquiera cosa que se sembrase en ella, y que se daría trigo y otras cosas de Castilla, pero que podría se lo impidiesen los grandes y muchos hielos que caían en ella, porque ya habían visto helarse el río con ser grande, de tal manera, que se pasaban los caballos cargados por encima del carámbano de una parte á otra; además, que por todas partes, estaba tan apartada de la mar, de donde, por muchas leguas que había de distancia, no se podría tener servicio ni aprovechamiento de las cosas que por la mar podrían venir, y se sabía que de donde estaban hasta México, había más de quinientas leguas, cosa trabajosísima para proveerse de allá; y según lo que se había visto, la tierra era pobrísima, porque en todo lo que se había andado no se había hallado muestra de oro ni de ningún metal ni veta, sino eran aquellas turquesillas que vieron, pocas, pequeñas y de ningún valor, y de los que poblasen, viendo tantos inconvenientes, muchos e huirían dejando solos á los otros á riesgo de que los matasen los indios, con que ninguno se animaría ni querría ir á poblar, ni morir en tan mísera tierra; que lo major era dar la vuelta para México, donde podría suceder ofrecerse en qué mejor poder servir á Dios, al rey y bien público, pues cuando salieron de México había rumor de algún alzamiento; y que aquello se quedase, pues Dios proveería de remedio, como causa suya, para su conservación, y que esto era mejor, que no una tan buena parte de gente pereciese y se consumiese en tierra tan desaprovechada y en duda de que ellos fuesen de algún provecho en ella; y aunque era verdad todo esto, como los soldados estaban hechos á la grandeza de México, todos fueron de parecer que se volviesen, y quien lo alentaba más era el general, porque fuera de la indisposición de su caída, tenía en México buen repartimiento de indios, mujer noble y hermosa con todas las demás partes que podía tener, y por la

malicia de la tierra, tenía temor de algún suceso en su deshonor, y así se holgó de que á todos les pareciese más acertado el volverse, y para su seguridad, cogió firmas de todos de la determinación de la vuelta; pero allegando que firmasen los capitanes y gente noble, repararon en que si firmaban, se les echaría á ellos la culpa si fuese la vuelta á disgusto del virrey, y volvieron á repetir que, dado por asentado las incomodidades de la tierra y lo que se había conferido sobre el salir de ella, convendría irse saliendo poco á poco, reparando en la mejor parte que pareciese y que se le hiciese mensajero al virrey para que él ordenase lo que se debía hacer; mas alzado una vez el campo, no paró, sino que se volvió por las mismas partes y pasos por donde habían ido.

Y porque llega el año de cuarenta y dos, volvamos á ver los que pasó en la Galicia después que nuestros españoles alcanzaron aquella grandiosa victoria, ayudados de los ángeles y del apóstol Santiago (como se dijo en su lugar), y trataron de mudar la ciudad del puesto de Tlacotlán y fundarla en el valle de Tonalán y puesto de Atemaxac, donde después se fundó y ahora permanece.

<http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080028752/1080028752.html>

Libro segundo de la Crónica miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México / compuesto por Fray Antonio.

Guadalajara: Imp. de "La República Literaria" de C. L. de Guevaray Cía., 1891.